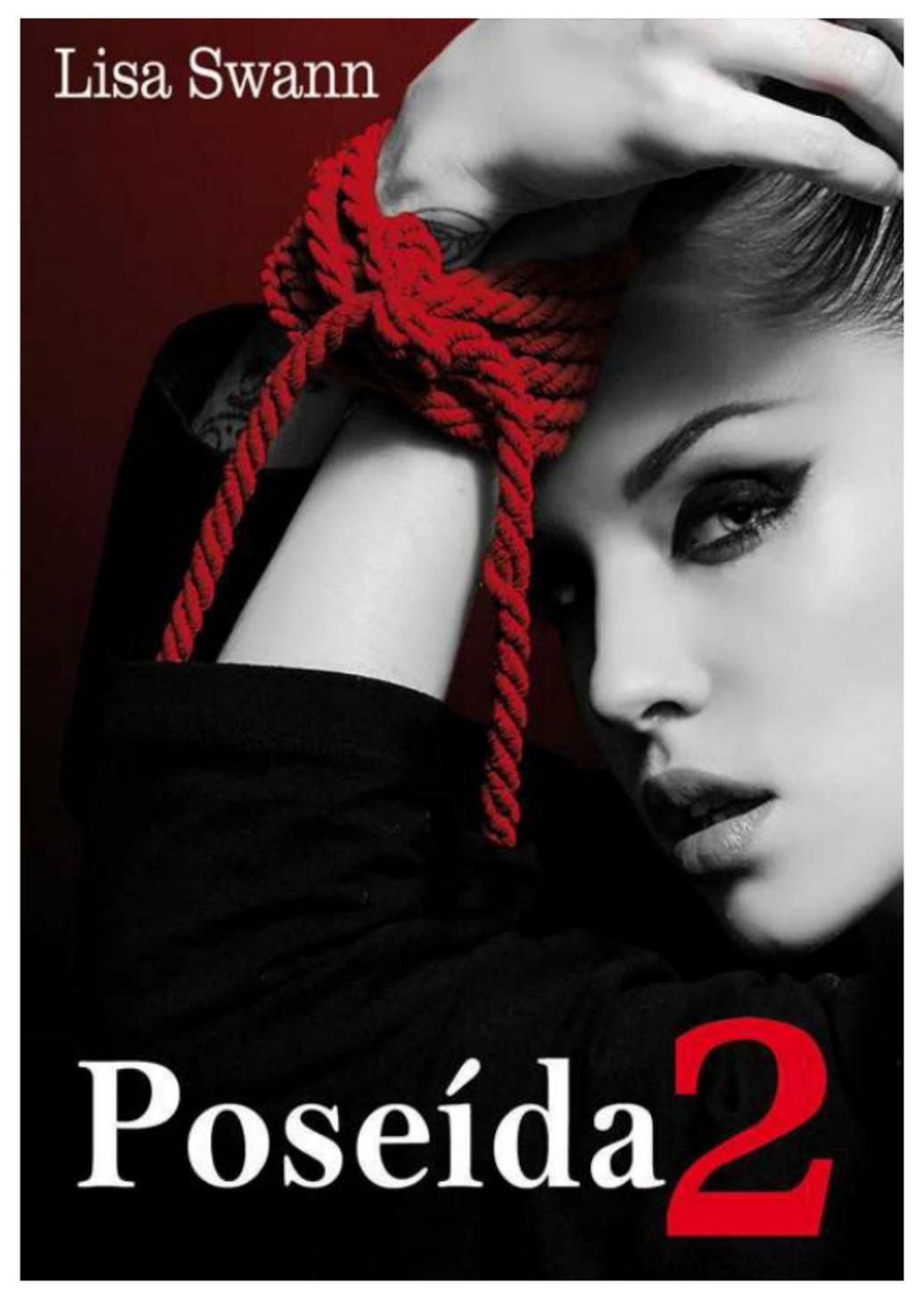


A black and white close-up portrait of a woman with dark hair and heavy eye makeup. A thick red rope is knotted around her neck, with the ends hanging down. Her right hand is raised to her forehead, and a tattoo is visible on her wrist. The background is a dark, solid color.

Lisa Swann

Poseída **2**



Lisa Swann

Poseída **2**

En la biblioteca:

**Cien Facetas del Sr.
Diamonds - vol. 1
Luminoso**

[Pulsa para conseguir un muestra
gratis](#)

Lisa Swann

POSEÍDA

Volumen 2

En la biblioteca:

Toda suya volumen 1

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



1. En ruta hacia Nueva York

Confortablemente instalada en mi asiento de primera clase, contemplaba pensativamente la pista de aterrizaje a través de la ventanilla. *¡Cuántas cosas habían sucedido! Jamás me habría podido imaginar, ni siquiera hace unos días, que me encontraría en ese avión con destino a Nueva York.* Me hundí más en mi asiento, sorprendida por su amplitud y

comodidad. Nunca antes había viajado en primera clase y no se podía negar que no tenía nada que ver con la clase turista.

Me abroché el cinturón de seguridad y me preparé para el despegue, emocionada y ansiosa al mismo tiempo. No tenía miedo a volar, pero esta vez me aventuraba a lo desconocido. *¿Estaba viviendo un sueño o una pesadilla?* Mi encuentro con el señor Goodman (tan enigmático, tan vigoroso e increíble) lo había puesto todo patas arriba. Él encendía mi cuerpo hasta un punto que no habría creído

posible. Su sola presencia en un minúsculo ascensor había bastado para poner a flor de piel todos mis sentidos: había salido de allí con las braguitas húmedas y, desde entonces, mis sueños eróticos eran cada vez más intensos. Después, él se había abalanzado sobre mí en plena calle y me había besado como nadie lo había hecho jamás. Había descubierto rincones de mi cuerpo que ni yo misma sabía que pudieran ser tan erógenos. Esas caricias habían dejado sobre mi piel huellas indelebles. Me sentía como marcada al fuego por sus hábiles manos, por su lengua

sedienta, por su cuerpo
electrizante...

Sacha Goodman, uno de los
abogados más importantes de
Estados Unidos, me había hecho
gozar como ningún otro hombre (de
hecho, nunca había tenido un
orgasmo antes de conocerle) y
después me había humillado como
nadie hasta ese día (y eso que ya
había vivido unas cuantas
humillaciones). Aún bajo el hechizo
del calor de sus besos y la
habilidad extraordinaria con la que
me había llevado al séptimo cielo,
no había sido capaz de verlo venir:

me había largado como si fuera un par de calcetines usados en cuanto había conseguido lo que quería, soltándome las mismas excusas de mierda que todos los hombres les cuentan a las chicas que ya no les interesan. ¡Qué patético! *No vale nada*, pensé. Al final, ya no sabía si había sido más culpa suya o mía. Desde luego, yo había sido una idiota integral por haberme entregado a él tan fácilmente. Y, sobre todo, por haberme hecho ilusiones. Una dulce voz me sacó de estos pensamientos, que me habían formado un nudo en el estómago. Ya hacía un rato que

habíamos despegado.

—¿Champán, señorita?

¡Las burbujas frías me ayudarán a verlo todo con más claridad!, me dije. La azafata posó la copa sobre una pequeña bandeja, que me ofreció junto con un platito de aceitunas. Cuántas atenciones... No me costaría nada acostumbrarme a esos lujos, pero por nada del mundo me acostaría con el patán de Sacha otra vez si ese era el precio. *¿Por qué había pedido que fuera a Nueva York?* No conseguía encontrar una

respuesta satisfactoria. En cualquier caso, si se pensaba que yo iba a desnudarme al primer chasquido de sus dedos, ¡lo llevaba claro! Mis sentimientos oscilaban entre la ira, la humillación y (tengo que admitirlo) unas ganas locas de volver a caer en sus brazos. Pero, si eso era lo que él también quería, ¿por qué me había tratado así? ¿Qué debía hacer: perdonarle u odiarle durante el resto de mi vida?

Cansada de no encontrar respuesta a mis preguntas, me puse los auriculares para ver *Magic Mike*, una película de strippers

masculinos, así me distraería un poco y de paso me deleitaría durante hora y media viendo chicos guapos medio desnudos. De todos modos, fueran cuales fueran las intenciones de Sacha Goodman, yo por mi parte iba únicamente por motivos profesionales. Por lo menos, de eso trataba de convencerme desde que el señor Dufresne me había ordenado que les acompañara a Nueva York para cerrar el acuerdo entre ambos bufetes. Sacha Goodman quería que yo formara parte del viaje. Pues vale. No tenía la más mínima intención de entregar mi cuerpo ni

mi corazón en la gran manzana.

Me quedé dormida. Cuando la azafata me despertó suavemente, ya estábamos sobrevolando Nueva York y tenía que abrocharme el cinturón. Ni siquiera me dio tiempo a refrescarme antes de aterrizar.

Una vez pasados los controles, me apresuré a recoger mi equipaje y me fui directa a los lavabos, ya que en el vuelo ni siquiera me había dado tiempo a lavarme los dientes... No era buena idea hacerle esperar nada más llegar. ¡Mejor empezar con buen pie! Con la

maleta en la mano, me dirigí a la enorme sala de llegadas, donde busqué con la mirada su imponente estatura y sus ojos de jade. Miré a la derecha. A la izquierda. Nada. Entonces, se acercó un hombre con traje oscuro e impecable camisa blanca, con un aire un tanto estirado.

—¿Señorita Lanvin?

— Eh... ¡Sí!

—¿Me acompaña, por favor?

*¿Me acompaña? ¿Por qué?
¿Quién era ese tipo?* No me moví ni un milímetro, me quedé como

paralizada, intentando comprender qué estaba pasando.

—¿Señorita Lanvin? Soy el chófer del señor Goodman. ¿Tendría la amabilidad de seguirme, por favor? Debo llevarla a la sede central de la empresa.

—¡Ah! Sí, por supuesto — balbuceé, echando a andar tras él, aún aturdida por la sorpresa.

¡Qué tonta había sido, creyendo que él vendría a recogerme al aeropuerto, en persona! Ya iba siendo hora de que dejara de montarme esas películas mentales.

Sacha no era mi novio, joder. ¿Para qué había ido a Nueva York? ¿Para caer rendida a sus pies? No, ni hablar. Sentí como me volvía a subir un nudo a la garganta. ¿Le aportaría algún retorcido placer el hecho de menospreciarme así continuamente? De forma instintiva, apreté con fuerza el papel doblado en cuatro que llevaba en el bolsillo, en el que Jess me había anotado el nombre y la dirección de su tía, que vivía allí. Justo antes de coger el avión, le había contado toda la historia y Jess, con una mueca de desaprobación, me había dicho:

—Lisa, cariño, no te fíes de ese tío, no merece la pena, “el gran abogado”... ¡Seguro que es el típico que se las lleva a todas a la cama! Tú vales mucho más, Lisa, lo tienes todo: inteligencia, belleza... pero no has estado con muchos hombres y él se ha aprovechado de tu falta de experiencia. ¡Qué retorcido! Escucha, mi tía vive en Nueva York y, si las cosas van mal, prométeme que irás a verla, se portará como una madre contigo, ya lo verás. La llamaré esta tarde para avisar de que quizás vayas. ¿Vale?

—Vale.

Steven, el chófer, metió mi maleta en el capó y me abrió la puerta de la limusina. Entré y me acomodé mecánicamente, porque mi mente se había quedado en París, con Jess. Cuando mi amiga me dio la dirección de su tía, la cogí sobre todo para complacerla. Sin embargo, en ese momento, en aquel enorme asiento de cuero, me reconfortó pensar que tenía una salida de emergencia en caso de peligro.

La limusina arrancó. Al principio me sentía terriblemente sola pero, según avanzábamos, no

pude evitar dejarme llevar por la emoción de la novedad. Las calles se iban sucediendo una tras otra y yo las observaba con la nariz pegada al cristal; la ciudad se abría ante mí como una flor: brillante, sorprendente y llena de vida. Mis dudas se desvanecieron y traté de relegar a Sacha Goodman en un pequeño rincón de mi cerebro. De repente, el cristal ahumado que separaba la parte posterior de la limusina de la del conductor empezó a bajar y Steven me dijo que había un paquete para mí ahí detrás. Miré hacia abajo y, efectivamente, a la izquierda vi una

bolsa con el logo de una marca muy conocida. Extraje su contenido: una falda acampanada, una blusa blanca y un jersey sin mangas.

En un paquetito envuelto en papel de seda encontré un par de medias de color carne y un ligero de encaje rojo carmesí: los accesorios perfectos para la prostituta de lujo. Además, había una caja que contenía un par de zapatos de tacón de aguja sublimes... pero con diez centímetros de tacón. Las palabras de Sacha me volvieron a la cabeza: *Me encantan las mujeres con*

tacones, no se les debería permitir caminar con otra cosa en los pies.

Golpeé suavemente el cristal que separaba las dos partes de la limusina. Steven volvió a bajarlo con una sonrisa compasiva.

—¿No estamos yendo al hotel?
—le pregunté.

—No, señorita. La esperan en Goodman & Brown, vamos allí directamente.

—¿Me esperan? Ah, pero... eh, ¿cuánto falta para llegar?

—Unos quince minutos, señorita.

Ups. Todo se aceleraba. Al coger la falda, cayó una tarjeta. Desconcertada, tuve que leerla dos veces para recuperar el aliento.

¡El uniforme perfecto para la futura abogada! No te pongas bragas.

S.

El uniforme perfecto, sí... Salvo por el detalle de no llevar ropa interior, claro. Observé contrariada mis vaqueros lavados a la piedra, mis Converse y mi camiseta de rayas. De todos modos, era evidente que no me podía presentar

de esa guisa. No tenía muchas más opciones. Me pondría su ropa, de acuerdo, pero nada de ir sin ropa interior. Se iba a enterar, el señor Sacha Goodman, ¡yo no estaba a sus órdenes! Me puse el ligero por encima de las braguitas, también de encaje. De ese modo, no había manera de quitármelas. Ese impulso rebelde me dio nuevos ánimos. La parte de arriba, sin embargo, era más problemática. No me había puesto sujetador para estar más cómoda en el avión y la blusa era de un tejido bastante transparente, con un corte muy entallado. Afortunadamente, el jersey sin

mangas me sacaba del apuro. No me dio tiempo a arreglarme más: apenas me había puesto el jersey que la limusina se detuvo. Rápidamente, hice una bola con mi ropa y la escondí en la bolsa. Steven me abrió la puerta y me tendió la mano para ayudarme a salir del vehículo.

—Señorita Lanvin, ha llegado a su destino. No se preocupe por sus cosas, las encontrará en el hotel — me dijo, con un tono que me tranquilizó.

Me alisé la falda, me ajusté el

jersey y me dirigí vacilante hacia la enorme puerta de acero y vidrio. Estábamos en pleno corazón de la ciudad, podía oler el aire salado de la bahía, haciéndome cosquillas en la nariz. Respiré profundamente y entré. Me presenté en recepción, donde me dieron una tarjeta de visitante para pasar el control de seguridad y me indicaron a dónde ir. Goodman & Brown ocupaba tres pisos del rascacielos: el 42, el 43 y el 44. Me precipité al ascensor y, tras unos segundos de titubeos, presioné el botón 44, preparándome mentalmente para lo que me esperaba. Cuando se

abrieron las puertas, comprobé que el ascensor daba directamente a una oficina de recepción, presidida por una mujer rubia perfectamente maquillada, peinada y vestida.

—¡Buenos días! Soy Elisabeth Lanvin, de Courcelles Investments. Creo que me están esperando.

La rubia, que apenas levantó una ceja, apretó un botón del teléfono. Se puso en pie, tiesa como un palo, y con una sonrisa falsa me invitó a seguirla. Abrió una puerta que daba a una especie de vestíbulo e inmediatamente la cerró detrás de

mí. Me quedé allí sola, en una sala iluminada únicamente por luces fluorescentes, decorada con sillones, un sofá y algunas plantas. Una gran puerta de cristal esmerilado dejaba entrever luz procedente del otro lado. Dejé mi bolso sobre un sillón y me puse a observar de cerca los detalles de una acuarela colgada en la pared. De repente, la puerta de cristal se abrió a mis espaldas.

Su robusta figura se separó del marco y la puerta se cerró tras él con un golpe amortiguado. Se conjugaban fuerza y dulzura.

Aquella entrada era una imagen de sí mismo. Se me había olvidado hasta qué punto era atractivo... Sus ojos de jade me desnudaron. No supe descifrar qué significaba aquella mirada tan intensa.

—Hola Elizabeth, estoy encantado de darte la bienvenida — dijo con su voz suave, mientras se acercaba.

Me pregunté qué iba a hacer. ¿Darme la mano? ¿Dos besos en las mejillas? No, eso era ridículo. Yo apenas había asumido qué estaba pasando y ya tenía su mano en la

espalda. Me inclinó hacia atrás y me besó apasionadamente. Retrocedí un paso y mi espalda quedó pegada a la pared. Le devolví el beso instintivamente, en contra de mi propia voluntad. El sabor de sus labios, su olor, su piel... Todo volvía a mí en sucesivas y violentas oleadas. No podía separarme de él, mi lengua buscaba la suya para fundirse en una deliciosa sensación de unión. En ese preciso instante, allí mismo, podría haberme llevado a la cama (o al sofá de aquel vestíbulo, tanto daba) y yo no habría opuesto ninguna resistencia. Me quitó la

goma con la que me había atado una cola de caballo y mi melena roja se desbordó sobre mis hombros. Él hundió las manos en mis rizos, se apartó de mis labios, aspiró el aroma de mi pelo y volvió a morderme el labio inferior...

—Por Dios, ¡cuánto he echado de menos tu olor! —me susurró, sin más preámbulos, mientras yo seguía temblando por el beso—. Tu boca es una invitación al sexo. ¡Veamos si el resto de ti también lo es!

Se agachó y me subió la falda hasta la cintura, tiró de la liga para

soltarla y se tropezó con mi ropa interior.

—No, no, no —dijo sin desistir de una enigmática sonrisa mientras movía la cabeza de un lado a otro.

Deslizó el pulgar bajo la tela de mis braguitas y desgarró de un golpe seco la costura lateral. Luego tiró con fuerza de la pieza de tela rota y la prenda cayó al suelo. Me mordió en la carne que había quedado al descubierto y me arrancó un grito. Liberadas, mis nalgas se cubrieron de escalofríos y recibieron un sentido azote.

—Está prohibido desobedecer
—me susurró al oído.

Pero, lejos de parecer enfadado, todo en él era deseo y erotismo en ese momento: sus labios, sus ojos y el bulto en sus pantalones así lo evidenciaban. Su sexo estaba excitado. En lugar de echarme atrás, ese azote me había encendido tremendamente. Arqueé la espalda un poco, lista para recibir su lengua de nuevo. En vez de eso, hundió un dedo en mi vagina, con una potencia que me arrancó otro grito. Levanté una pierna del suelo. Yo quería más.

—¡Qué húmeda estás! Estás siempre preparada, ¿no? — preguntó, burlonamente.

Me enderecé, algo molesta por su comentario y tomando repentinamente consciencia de dónde estábamos y de la crudeza de la escena.

—No, para nada —respondí, sin atreverme a mirarle, mientras me recolocaba la falda—. No tengo absolutamente ninguna gana de...

Pero Sacha me agarró por sorpresa y se acercó a mis pezones,

tan duros ya por el deseo que formaban dos protuberancias bajo las dos ligeras capas de tela que llevaba puestas. Me pellizcó uno. Luego, me levantó los brazos y me levantó el jersey. Mis pechos quedaron totalmente al aire, apenas cubiertos por la blusa, y firmes ante él.

—¡Esto está mucho mejor! — exclamó con aire satisfecho, dando un paso atrás—. Ahora sí que ya podemos irnos.

Apenas hubo terminado la frase cuando abrió la puerta de cristal.

Solo tuve tiempo para recoger mis bragas rasgadas del suelo y meterlas apresuradamente en el bolso. Él ya había desaparecido en la habitación de al lado.

Menos mal que tuve el reflejo de bajarme el jersey al entrar en la habitación: ocho pares de ojos se volvieron hacia mí al mismo tiempo. Todo mi cuerpo transpiraba sexo. Por no hablar de mis partes, al aire con esa falda lo suficientemente corta y acampada como para que el menor movimiento mal controlado descubriera mi desnudez ante toda

la reunión.

—Les presento a Elizabeth Lanvin, mi becaria —exclamó para la sala, sin dirigirse a nadie en concreto, mientras yo entraba, vacilante y sofocada por la vergüenza.

—Pero, por favor, tome asiento —se dirigió a mí un hombre rubio de tez curtida por el sol, mirándome con descaro el culo y los pechos, que se bamboleaban con cada paso que daba con aquellos tacones de aguja.

Al fondo de la sala, distinguí dos

caras conocidas: el señor Dufresne, totalmente absorto en sus expedientes, y su hijo Arnaud, que me escrutaba fijamente. Dejé a Sacha y al hombre rubio (¿un cliente, un colega, un subordinado?) detrás y me acomodé en el único asiento libre que quedaba, junto a Arnaud Dufresne, tratando de hacerme lo más pequeña posible. Arnaud colocó una carpeta ante mí mientras me dedicaba una mueca de asco.

—Bueno, Richard, podemos volver a nuestros asuntos, si te parece —le dijo Sacha al hombre

rubio, con un tono de repente mucho más frío e incluso contrariado.

¿Para tanto había sido lo que me había dicho? ¿Le molestaba a Sacha el efecto que yo producía en otros hombres? Si no hubiera estado tan avergonzada, sin duda habría disfrutado del momento.

La reunión duró dos horas. Se repasaron los intereses comunes de las dos empresas, especialmente de cara al mercado asiático, muy dinámico. Por supuesto, Goodman & Brown ya disfrutaba de una sólida posición internacional y

lideraba el sector, muy por delante de nuestro bufete parisino, pero el señor Dufresne era muy convincente y la colaboración acabaría, sin duda, en fusión. Ambos bandos a cada lado del Atlántico tenían mucho que ganar. Yo era consciente del inmenso privilegio que suponía poder asistir a esa reunión y, como además me apasionaba el tema, me concentré totalmente en el trabajo. Casi me había olvidado de mi desvergonzada escena en el vestíbulo cuando la reunión llegó a su fin. Arnaud me devolvió rápidamente a la realidad

dedicándome de nuevo una mirada de asco porque, al levantarme, le puse sin querer el escote (sin sujetador) delante de las narices. Me aparté de inmediato, pero el daño ya estaba hecho y sentí que me sumía de nuevo en un sentimiento de profunda incomodidad, que aumentó cuando tuve que ponerme en pie sobre aquellos tacones de diez centímetros. Un calor inusual me recorría la entrepierna.

Dios mío, qué erótico me resultaba no llevar bragas. Durante toda la reunión había evitado mantener contacto visual con Sacha,

que de todos modos en ese momento estaba ocupado hablando con una escultural morena de ojos almendrados a la que devoraba con la mirada. Ella recalcaba cada frase con una sonrisa que mostraba unos dientes deslumbrantemente blancos. Era una pura belleza latina, con una clase increíble. Llevaba un traje color crema que parecía hecho a medida. De repente, me sentí ridículamente vulgar con mi atuendo sin ropa interior.

Regresé al hotel con los Dufresne directamente. En el taxi

no dije ni media palabra, absorta como estaba en mis pensamientos lujuriosos y mis dudas. ¿Qué quería él? ¿Quién era esta morena? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El hotel era de clase superior, confortable, pero sin alma. *Pero, ¡qué narices! Ya que estaba allí, qué menos que disfrutar del viaje.* Todos quedamos en encontrarnos para tomar algo en un bar panorámico en el centro de Manhattan, para luego cenar en uno de los restaurantes más de moda de Nueva York. Opté por un vestido adecuado para la ocasión: sencillo,

elegante... y *sexy* —me dije contemplando mi reflejo en el espejo—, *pero no demasiado*. Cambié los estiletes de Sacha por otros zapatos con un tacón más razonable.

La vista desde el bar era impresionante. Bajo nuestros pies, la ciudad brillaba con una miríada de luces. Había llegado acompañada de los Dufresne; parte de los protagonistas de la reunión de la tarde ya estaban allí. Pedí una copa de vino. Estaba charlando con los miembros del equipo cuando sentí un brazo sobre los hombros y

que alguien se inmiscuía en el grupo:

—¿Le gusta Nueva York? —me susurró el hombre rubio y bronceado de la reunión, mientras me acariciaba el hombro como si fuéramos íntimos.

Me giré hacia él ligeramente para contestarle con frialdad, pero en ese momento vi a Sacha entrar en el bar acompañado de su bella latina, que llevaba un vestido espectacular de lamé dorado. Sorbí un buen trago de vino que se me atragantó, lo cual el hombre rubio

aprovechó para sobarme insistentemente, haciendo ver que me ayudaba. Sacha le dijo algo y el hombre me dejó ahí sola en medio del bar, como una idiota, para acercarse a él.

—Te vale cualquiera, ¿no? —me soltó Arnaud, enfrentándose a mí con una mirada de maldad que no le conocía.

—¿Perdona?

—Me has entendido perfectamente. No te ha bastado con tirarte a Goodman, ¿también quieres a Brown!

—¿Brown? No, por supuesto

que no...

—Goodman ha debido contarle con qué facilidad te abres de piernas —continuó Arnaud con el mismo desdén— y ahora su socio ha decidido pasar al ataque.

—¿Pero qué dices? Yo no soy ninguna...

Arnaud dio media vuelta y se fue, dejándome con la palabra en la boca.

La cena que vino a continuación debería haber resultado agradable, pero yo tuve que obligarme a tragar cada bocado. Las palabras de

Arnaud, la actitud de Sacha y la de Richard Brown... todo se arremolinaba en mi cabeza, superponiéndose y mezclándose para llegar a una única conclusión: no era más que “la francesita” a la que habían citado para acostarse con ella. Me esforcé por intercambiar algunas palabras con las personas que estaban sentadas a mi lado y el resto del tiempo me dediqué a observar fría y distantemente a todos los invitados. Sacha ni siquiera parecía haberse percatado de mi presencia y no se separaba ni un momento de la chica morena. Al final de la cena ya no

podía más, así que me puse en pie y me excusé por marcharme tan pronto, alegando que estaba muy cansada debido a la diferencia horaria y que prefería regresar al hotel. Salí a toda prisa. En menos de dos minutos ya estaba fuera. Inspiré una gran bocanada de aire fresco y justo cuando me disponía a parar un taxi sentí que una mano firme me agarraba del brazo, obligándome a darme la vuelta. Sacha me dominaba con su imponente estatura y su intensa mirada.

—¿Por qué has salido corriendo

así, Liz? ¿Qué modales son esos?
¿Es así cómo os educan en Francia?
—Estoy cansada, prefiero...

Un taxi se detuvo a mi altura y me abalancé a su interior. Pero Sacha no iba a quedarse parado: entró justo detrás de mí y me empujó para sentarse a mi lado, mientras yo le daba la dirección del hotel al taxista. Me giré hacia él decidida a hacerle frente, temblando de rabia.

—¡Déjame en paz, Sacha! ¿De acuerdo? Quiero volver al hotel, eso es todo.

Y volví la cabeza hacia la ventanilla, para que él no viera las lágrimas que corrían por mis mejillas.

—¡Mírame, Liz! ¡Mírame! —me cogió de la barbilla y me obligó a mirarle, a la vez que le indicaba al taxista una nueva dirección—. Liz... Liz... —su voz cada vez era más suave— ¿Qué puedo decir? He soñado con el sabor de tus labios y quería volver a sentir cada pedazo de tu piel... Liz...

Sus labios estaban en ese instante a dos milímetros de los

míos, podía sentir su calor, incluso casi los latidos de su corazón, acelerándose.

Aparté sus manos con fuerza y me solté de golpe, entre sollozos:

—¿Le dijiste a tu socio que podía darse un revolcón conmigo? ¿Es eso lo que soy para ti, la becaria fácil que todo el mundo en tu despacho se puede tirar? ¡Dime la verdad!

Me miró desconcertado y luego irrumpió en una enorme carcajada.

—¡Ni de coña! Liz, tienes que

saber que no soy de los que les gusta compartir. ¿Lo dices por el comentario que Richard te hizo en la reunión? Vamos, no seas infantil... De todos modos, ya le diré un par de cosas. Que quede claro: eres mía y solo mía.

Mientras hablaba, me iba cubriendo la cara y las manos con besos llenos de ternura.

Toda mi ira se desvaneció. *¡Oh, sí, yo era suya!*

—No quiero que pienses que soy una chica fácil —añadí, como para

convencerme a mí misma de que mi honor estaba intacto.

—¡Sh! Calla —y me besó con lengua.

Cuando el taxi se detuvo frente al edificio de Sacha, ni me acordaba de Arnaud Dufresne, ni de Richard Brown y, ni mucho menos, de la escultural morena. Todo mi cuerpo estaba sometido por completo a los ardientes besos de mi amante. Apenas vi al portero en el vestíbulo, Sacha me llevó directamente al ascensor y apretó el botón 15. Quince pisos durante los cuales recorrió, acarició y amasó

cada parte de mi anatomía. Yo era puro fuego. Mi sexo ardía, me quemaba tanto que no podía soportarlo. Creí que mis pechos iban a perforar la tela de mi vestido para estar piel con piel con el torso de Sacha. Él también hervía de deseo. Cuando llegamos el piso 15, tiró de mí fuera del ascensor, me levantó del suelo como si fuera una pluma y me empotró contra una pared. No conseguía distinguir nada de lo que nos rodeaba, ¿estábamos en un pasillo, una entrada...? Cerré los ojos, completamente rendida al deseo que me consumía desde mi interior. Me daba igual todo, no

podía despegar mi boca de la suya. Hundí la nariz en su pelo para oler profundamente su aroma y recorrí su cuello con la lengua. Me subió el vestido de un tirón y me agarró el culo a manos llenas. Me quitó las bragas y las tiró al suelo, yo enrollé las piernas alrededor de su cintura y antes de que tuviera tiempo para reaccionar, me penetró.

Fue algo salvaje, de una intensidad increíble. Él me embestía como un loco, yo me agarraba a la pared como podía... No pude evitar gritar al llegar al orgasmo, acompañada por los

gemidos de Sacha.

2. Malentendidos y errores

Al día siguiente me desperté sin saber dónde estaba. La luz del día entraba a través de unos grandes ventanales corridos rectangulares dispuestos a lo largo de las paredes, haciéndome cosquillas en la nariz. Abrí un ojo y luego el otro, cegada por el sol. Me incorporé sobre los codos. El olor de Sacha impregnaba la habitación. Sin embargo, el espacio al otro lado de

la cama estaba vacío, aunque las sábanas revueltas indicaban su presencia reciente. Me estiré al máximo, con calma, dejando que todos los detalles de la noche anterior me volvieran a la cabeza. Me había quedado dormida casi inmediatamente después de que Sacha me hiciera el amor de aquella manera tan brutal. *Ay*, aún tenía el interior de los muslos un poco doloridos. Me levanté y admiré la decoración de la habitación: el cabecero de la cama estaba forrado de cuero, el parqué era de roble, los muebles de madera exótica. Era acogedora y

moderna a la vez. Tenía su propio cuarto de baño, así que me lavé los dientes y me puse uno de los albornoces que estaban colgados. No tenía la más mínima noción del tiempo. El silencio del lugar era absoluto.

Abrí la puerta de la habitación con suavidad. Salí a un amplio pasillo al que daban varias puertas, todas cerradas. Avancé tímidamente y llegué a un inmenso salón, completamente inundado de luz natural. *Guau.* ¡Menudo apartamento! Solo aquella habitación ya era igual de grande

que el piso de Maddie. Tendría 120 metros cuadrados, 150 quizás. Todo el suelo era de parqué y en el centro había una increíble chimenea de hormigón visto, presidiendo el salón. Los muebles eran escasos pero impresionantes y se adaptaban a la perfección a ese espacio XXL. Me pareció distinguir una cocina que se perfilaba detrás de la chimenea. Al igual que en el dormitorio, la mezcla entre lo antiguo y lo contemporáneo era perfecta. También había enormes ventanales, pero en ese salón se extendían de suelo a techo y cubrían por

completo la pared frontal. Me acerqué a uno de ellos y me dio la impresión de tener la ciudad a mis pies, de poder tocar con los dedos la copa de los árboles que desde allí se divisaban. Ningún otro edificio bloqueaba las vistas ni estropeaba tan impresionante panorama. Resultaba increíble algo así en una ciudad como Nueva York.

Dos fuertes brazos me rodearon con ternura y me sacaron de mi letargo contemplativo. Sacha me abrazaba por detrás, desprendiendo un olor divino.

—¿Has dormido bien? —me preguntó, depositando un beso sobre mi nuca.

Me estremecí con un escalofrío.

—Sí. Esto es fabuloso. ¿Dónde estamos?

—En Greenwich Village. Lo que se ve en la distancia es el río Hudson. Tal vez te lleve a dar una vuelta en barco, si te portas bien... ¡Y te haré el amor sobre la cubierta!

Arqueé una ceja. Su mano ya había desatado el cinturón de mi

albornoz y había encontrado el camino hacia mi pecho, mientras su otro brazo me tenía cogida por los hombros, impidiéndome realizar ningún movimiento. Su rostro seguía hundido en mi cuello. Susurró:

—O... también podríamos hacerlo aquí.

Aflojó su abrazo y me di la vuelta. Él también iba en albornoz. Le miré fijamente a los ojos, deshice el nudo de su cinturón y me encontré con su sexo, duro y erguido. Mi único deseo era

lamerlo, tragármelo entero, pero Sacha me llevó la cabeza hacia atrás y empezó a mordisquear los lóbulos de mis orejas. Los albornoces cayeron al suelo. Allí estábamos, completamente desnudos frente al enorme ventanal panorámico, bañados por la clara luz del día. Normalmente, solía sentirme incómoda con la desnudez en general y sobre todo con la de mi cuerpo, pero en ese momento olvidé todas mis inseguridades, gracias a mi excepcional amante. Sacha pasó de mis orejas a mis pezones. Dejé escapar unos gemidos. Él me levantó en brazos y

me llevó hasta el sofá. Mi postura no podía ser más lasciva: estaba a cuatro patas, con los ojos entrecerrados y las piernas ligeramente separadas. Sacha se tomó su tiempo, observó mi desnudez tranquilamente, sin prisa, con un aire impasible. ¿Le parecía hermosa? Me sonrojé un poco. Nunca antes un hombre me había mirado (escrutado, de hecho) de ese modo. Como si hubiera leído mi mente y quisiera acabar con mis dudas, me dijo:

—Voy a devorarte, a saborear todos tus rincones, voy a entrar tan

profundamente en ti que te va a doler, voy a hacer que cada ínfima parte de tu exquisito cuerpo goce como nunca...

Quería gritar ¡sí, tómame, devórame, lámeme, soy tuya!. Pero no dije nada, me limité a pasarme la lengua por el labio inferior y a sentir como la creciente excitación que sus palabras despertaban en mí humedecía aún más mi sexo. Él se colocó sobre mí, puso ambas manos a cada lado de mi cara y se dispuso a recorrer con su lengua toda mi piel, que se estremecía de deseo. El físico de Sacha no era descomunal,

pero ya desde nuestro primer encuentro me había encantado su espalda de nadador. Admiré sus abultados músculos y su pecho varonil, sus fuertes brazos y el perfil de sus venas, que palpitaban a lo largo de su cuello. Era aún más bello cuando practicaba el sexo y se volvía una bestia, un animal salvaje.

Su cabeza desapareció entre mi entrepierna y yo me liberé de toda presión, abandonándome como una muñeca de trapo. Estimuló mi clítoris con la punta de su lengua con tal maestría que me invadió un orgasmo antes de que me penetrara.

Cuando su sexo erecto entró en mí, todas las fibras de mis músculos, hasta las más íntimas, explotaron en oleadas de placer.

—Me encantas... Tu sexo es estrecho y lubricado, como tiene que ser... —gimió—.

—Lo hago lo mejor que puedo —respondí entre dos espasmos.

Me hizo callar besándome con una suavidad sorprendente, que contrastaba enormemente con sus embestidas. Una vez más, la unión de nuestros cuerpos era perfecta, estábamos en sintonía y nuestros

placeres evolucionaban al mismo ritmo. Sentí cómo su eyaculación llenaba mis entrañas al mismo tiempo que un segundo orgasmo me dejaba sin energía. Se desplomó sobre mí, pero sin aplastarme ni pesarme, solo unos segundos para recuperar el aliento y le acaricié el pelo. Me dio por pensar en lo intensa que era la historia que estaba viviendo. Sacha se puso en pie y recogió los dos albornoces del suelo.

—Venga, prepárate rápido que salimos para la oficina en veinte minutos. Haré café y tostadas

mientras te duchas.

¡Había vuelto a pasar la noche con Sacha! Tenía ganas de cantar, de bailar, de lanzar todas mis dudas por la ventana. Sacha. Mi Sacha. Mi hombre. Me despertó de la ensoñación con una buena palmada en el trasero. Me miraba con severidad.

—Oye, no te hagas películas, ¿eh? No es momento para soñar despierta. Corre a ducharte. Encontrarás ropa sobre la cama.

Sacha desapareció en lo que

debía ser la cocina y divisé una escalera aérea de aluminio y cristal. ¡Ese inmenso apartamento tenía un segundo piso!

Al igual que el día anterior, pasamos la mayor parte de la jornada encerrados en la sala de reuniones de la planta ejecutiva de Goodman & Brown. El plan de acción para la inminente fusión requería mucho trabajo a nivel preliminar. Yo me esforzaba al máximo: tomaba notas, preparaba los expedientes solicitados por el señor Dufresne y redactaba informes sobre los casos que

habíamos llevado en Francia y en Europa. El mercado asiático, que tanto había estudiado durante los últimos dos años en París, también era un tema frecuente en los debates.

Sacha se comportó de forma muy profesional durante todo el día, sin dejar que nada en él desvelara la noche que compartimos. La morena no estaba, lo cual representaba un auténtico alivio para mí y hacía radiante un día que ya me parecía perfecto en todo, o casi. Rara vez había estado tan segura de mí misma. De hecho, rebosaba

confianza y me sentía especialmente cómoda con todos los participantes. Además, la noche que acababa de pasar con el hombre que dominaba la reunión no me restaba ni un ápice de seguridad.

Pero, gradualmente, a medida que avanzaba el día, no pude evitar que me embargaran algunas dudas que, insidiosamente, se inmiscuían en lo más profundo de mis pensamientos... Lo que había tomado por profesionalidad durante la mañana, empecé a verlo como una actitud muy diferente por la tarde, entre el desdén y la

indiferencia, algo por el estilo. Sacha y Richard Brown desayunaron solos con el señor Dufresne y Arnaud, mientras yo me quedé con los demás empleados. No es que me esperara que me extendieran la alfombra roja y, desde luego, me habría molestado muchísimo que Sacha hubiera hecho comentarios o gestos fuera de lugar, sobre todo después de lo que me había dicho Arnaud la noche antes. Pero aún así, esperaba alguna mirada, una sonrisa... ¡Eso no podía costarle tanto! Sin embargo, nada. Era como si yo no existiera. *¿Se avergonzaba de mí? Me había*

*dicho que le encantaba, sí, claro...
pero que no se enterara nadie,
¿no?*

Cuando regresé al hotel después del trabajo, ya no tenía para nada el mismo estado de ánimo que por la mañana. Mi optimismo ciego había dado paso a un vago dolor. Sentía que me había dejado engañar por Sacha Goodman, el astuto seductor, que después había pasado de mí olímpicamente. A la salida, tras cruzarme con él para llegar al ascensor ni siquiera se había molestado en levantar la cabeza. ¡Me sentía como una imbécil!

Alguien llamó a la puerta de mi habitación, que yo acababa de cerrar detrás de mí. Era Arnaud, más pedante que nunca.

—¡Elisabeth! Mi padre y yo nos vamos a Chicago hoy y volvemos el martes. Natalia —ya sabes, la morenaza que estaba ayer en la cena— nos irá a recoger al aeropuerto, es ella quien dirige la sucursal de Goodman & Brown allí. Así que, te lo advierto, pórtate como Dios manda durante nuestra ausencia, ¿OK? ¡Ni se te ocurra dar la lata! Limítate a trabajar en los expedientes en curso sin molestar a

la gente de la empresa. Tendrás una mesa de trabajo a tu disposición. Eres la becaria, te lo recuerdo. Y el fin de semana ándate con cuidado, ¿eh?

Me soltó el discurso con un desprecio y una arrogancia que me dieron ganas de vomitar allí mismo. Se marchó enseguida y no tuve ni la ocasión de contestarle. *Menudo idiota estaba hecho.* Ese hijo de papá cada vez me daba más asco. Así que resultaba que la morena era la famosa Natalia Azarov, de la que todo el mundo me había hablado tanto.... Yo no la había

relacionado. ¡Qué boba! Por eso estaba en la reunión. ¡Normal! Era inteligente y hermosa, eso saltaba a la vista. Lo tenía todo. Seguro que Arnaud ya había urdido toda una estrategia para seducirla, a pesar de que el muy cerdo estaba a punto de casarse en París.

Volví a entrar en la habitación con el único propósito de darme una buena ducha, con agua bien caliente. Después, pensaba irme directamente a la cama sin cenar. No tenía ganas de nada. *Ojalá echen en la tele algún programa entretenido para no pensar en lo*

triste que es mi situación, me dije.

Pero, justo en ese momento, descubrí el vestido sobre la cama. No me hacía falta leer la tarjeta que lo acompañaba: ya sabía quién me enviaba aquella prenda de color turquesa, toda de seda. Cogí el vestido y comprobé que era de una suavidad increíble. Me lo puse por encima para ver cómo me quedaba delante del espejo. El color era perfecto: iluminaba mi tez clara y resaltaba el tono rojizo de mi melena. *¿Qué debo hacer? ¿Sucumbir? ¿Obedecer y que le baste una miradita para tenerme*

rendida a sus pies? ¿Arriesgarme a sufrir el resto del tiempo por su actitud extremadamente fría? El vestido era tan hermoso... Todo lo que le rodeaba era de un gusto exquisito y delicado. Además, el calor de sus besos era tan intenso y el sueño que me hacía vivir tan increíble (casi siempre, al menos), que habría sido absurdo renunciar a esa aventura, ¿no?

Leí la tarjeta.

Coge algunas cosas y ponte el vestido, esta noche no duermes en el hotel. Una limusina te esperará

a la entrada a las 19 h en punto.

S.

¡Ni una sola palabra cariñosa!

Muy bien, voy a prepararme, señor Goodman... ¡Pero no espere poder disfrutar de mi cuerpo sexy esta noche!

A las 19 horas en punto estaba abriendo la puerta de la limusina. Sacha me esperaba en su interior, sentado en el asiento de cuero blanco de la parte de atrás. Apenas me atrevía a mirarle, pero

vi que llevaba un esmoquin. Era tan elegante...

¿Cómo conseguía una y otra vez que todas mis dudas se disiparan? Una sonrisa suya era suficiente para borrarlas de un plumazo. Era un juego demasiado fácil para él. Tenía que resistirme. Se acercó y me acarició los pechos a través de la fina tela de seda.

—Este vestido es justo lo que necesitabas. Estás guapísima — dijo, recorriendo mi escote con la punta de sus dedos.

Colocó su otra mano en mi nuca y se acercó más, peligrosamente. Aspiré su sutil perfume y sentí que me flojeaban las fuerzas. Me puse en tensión, tan rígida como pude.

—Um... —añadió— llevo todo el día queriendo besar esos labios.

Era demasiado y exploté.

—¿En serio? ¡Pues la impresión que has dado es que ni siquiera te habías percatado de mi presencia! ¡Menuda manera de demostrarle a alguien que te mueres por besarla! Solo sirvo para abrirme de piernas a escondidas, eso es todo, ¿no? ¡Lo

único que te importa es que nadie se entere!

Él se apartó y me miró. Reconocí un destello de ira en sus ojos.

—Pero... ¿qué mosca te ha picado? ¡No iba a besarte en el despacho, por mucho que lo estuviera deseando! Estoy al frente de una de las firmas de abogados más importantes del país, Elizabeth, no soy un aficionado. Eso quiere decir que cuando estoy en la oficina, estoy al 200 %. No seas tan ingenua, por favor. Si

quieres llegar lejos en tu carrera, deberías aprender que hay que tener un mínimo de profesionalidad.

De golpe, me sentí terriblemente ridícula. Era verdad, había sido muy ingenua. Él era un profesional y yo... una idiota insegura. Me había comportado como una niñaata, montándole una escenita. Me arrepentí enseguida de mi actitud, que no estaba a su altura. Él debía encontrarme tan infantil...

—Yo... yo... ya sé todo eso. Perdóname, es que a veces pareces tan frío, tan distante... Yo... yo...

me pregunto... es que ni siquiera entiendo qué ves en mí...

—¿Que qué veo en ti? —Sacha se acercó de nuevo. Había suavizado el tono. Me tomó la barbilla entre las manos y me giró dulcemente la cabeza, para obligarme a mirarle—. ¡Me gusta todo de ti! Tu frescura, tu naturalidad, tu energía... Siento que eres diferente. No he podido dejar de pensar en ti desde la primera vez que te vi. Señorita Lanvin, aunque no te arranque la ropa en medio de la sala de reuniones para hacerte el amor allí mismo, te encuentro extraordinariamente excitante.

Podría pasarme el día entero empalmado solo con pensar en lamer ese culito...

A medida que hablaba, aumentaba la temperatura. En sus ojos, la ira había dejado paso a una manifiesta lujuria.

Yo sentía que me humedecía como una loca, pero no me había quedado completamente tranquila. Él siempre lo llevaba todo al sexo. Y yo quería más. La limusina se detuvo.

—Creo que tendrás que esperar

a lamirme nada... —respondí, aún aturdida por lo que acababa de ocurrir. Pero él ya estaba fuera de la limusina y me tendía una mano para ayudarme a salir.

—¿Sacha? —le llamé con un hilo de voz. Se giró hacia mí—. Te pido disculpas, me he comportado de una manera ridícula.

Su respuesta fue apretarme fuerte la mano que aún me tenía cogida y conducirme a la enorme escalinata de la entrada. Estábamos en la ópera.

Sacha despertaba en mí ciertas

reacciones físicas más que obvias, pero la voz de la soprano que interpretaba el aria de aquella ópera era algo especial. Cada nota me llegaba al corazón. ¡Qué delicadeza, qué precisión, qué emoción! Ya había ido antes a la ópera con Maddie, aunque mi tía solía preferir el ballet. No era, por tanto, una novata, y siempre había disfrutado de los grandes clásicos. Pero aquella tarde era mucho más intenso. Todo lo era junto a Sacha. Me dejé llevar por la magia del lugar, del ambiente y de mi acompañante. Ya no tenía ganas de pelear ni de seguir haciéndome

preguntas.

Después de la ópera, volvimos a subir a la limusina y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. Ambos íbamos en silencio, todavía ensimismados por el aura de la ópera. Por fin llegamos a nuestro destino: un helipuerto. No podía creer lo que veía. Un helicóptero nos esperaba. Me quedé sin aliento. Una vez a bordo, me dijo:

—Te prometí el séptimo cielo. Disfruta.

—¡Me siento como una niña con un juguete nuevo! Esto es genial.

Gracias, Sacha. Pero no tienes por qué hacer todo eso, ¿sabes? —le respondí un poco abruptamente como siempre, a la defensiva.

—Me limito a hacer lo que me apetece, Liz. Nadie me ha impuesto nunca nada y jamás me he sentido obligado a nada, ni tan solo con una mujer.

No pude escuchar lo que añadió después porque estábamos despegando y el ruido era ensordecedor. Sacha se apoyó contra mí mientras admirábamos el espectáculo de la ciudad a nuestros pies. Nueva York desde arriba era

como un hormiguero iluminado. Nuestras manos estaban entrelazadas. Le sentía tan cercano... Era la primera vez que teníamos esta proximidad sin sexo.

De vuelta en el loft de Sacha, estaba tan agotada que solo deseaba acurrucarme con él y dormir a su lado. Steven había llevado las pocas cosas que había cogido en el hotel, mi neceser y una muda de ropa. Sacha estaba encerrado en el despacho que tenía en casa y me había dicho que le esperara. Me cepillé los dientes y decidí tumbarme cinco minutos, mientras

llegaba. Pero me quedé dormida.

En medio de la noche me despertó una agradable sensación entre los muslos. Abrí los ojos, una tenue luz iluminaba parcialmente la habitación. La mano de Sacha siempre sabía encontrar el camino a mi placer. Todavía no me había despertado del todo cuando su mano dio paso a su lengua, con la que siguió acariciándome. Aparté un poco las piernas para facilitarle la entrada. Con un dedo recorría los rincones más ocultos de mi anatomía, hasta que llegó a una parte sin duda muy sensible... pero

él sabía exactamente qué hacer. Con delicadeza, después haber relajado la zona, introdujo un dedo en mi ano, sin dejar de hurgar con la lengua en los pliegues de mi intimidad. Yo me moría de gusto, por delante y por detrás. Era un doblete, por así decirlo, que nunca había experimentado hasta entonces y que consiguió que mi excitación alcanzara límites insospechados. Sacha iba y venía con la lengua, con el dedo... Todo mi cuerpo y mis sentidos eran una explosión de sensaciones. Le agarré la cabeza y apreté los puños. No iba a poder contenerme mucho más, sentía

cómo mi vagina se contraía, lista para derramar su placer. Él había hecho que cada centímetro de mi sexo estuviera extremadamente sensible, a flor de piel. Yo me retorcí, susurraba, gemía y gritaba de puro goce.

—Sí, así me gusta, Liz, córrete para mí. Eso es lo que quiero. Eres mía, solo mía... Voy a hacer que te corras una y otra vez para mí.

Se tumbó sobre la espalda. También él parecía a punto de estallar, nunca había visto su polla más dura ni más grande. Poco a

poco acerqué la boca y se la chupé con avidez, hasta que me ordenó parar. Entonces, le cabalgué como si fuera una amazona. La sensación de controlar su placer era deliciosa. Me agarró las caderas con firmeza e inmediatamente eyaculó en mi interior, justo cuando yo estaba en la cima del orgasmo. Después, los dos rodamos a un lado, jadeando.

—Para no tener mucha experiencia en el sexo, ¿eres increíble! Dime la verdad, ¿has tenido tan pocos amantes como me contaste?

—¡Claro que sí! Pero contigo me desinhibo por completo.

—¡Hm! Eres una auténtica máquina de dar placer, estás hecha para el sexo, y me encanta.

—¿Y eso es lo único que te gusta de mí?

Se apoyó sobre un codo a mi lado, me acarició suavemente la curva de las caderas, subió hasta llegar a mis pechos y me pellizcó un pezón.

—¡Ay!

—Tienes una enorme falta de confianza en ti misma, Liz. Pero eso

también me gusta.

—No me has contestado...

Su mano volvió a repasar los contornos de mi cuerpo.

—No se me dan bien las grandes declaraciones, Liz. Y para ser sincero, tampoco me apetece intentar hacerte una, porque sería mejor que no te esperaras nada por el estilo de mí. Pero voy a hacer una excepción, solo esta noche, para esta naricita bonita —me tiró de la punta de la nariz y me apartó los rizos rojos de delante de los ojos—. Me encanta que tengas un

lado débil y otro fuerte a la vez. Siento que eres muy fuerte en el fondo y que eres una persona completamente íntegra, además... ¡Y no esperes que te diga nada más!

—Bueno, con eso me contentaré por ahora.

Me dormí como un bebé, mecida por la certeza de que estaba viviendo un cuento de hadas. Me di cuenta de que estaba volviéndome totalmente adicta a ese hombre. No importaba que sus palabras fueran descarnadas, duras a veces, ni que apenas me hubiera dicho nada tierno... Me encantaba que fuera tan

reservado. Siempre había desconfiado de los chicos que te cubrían de halagos para luego poder traicionarte mejor. Sacha no era así.

Cuando me desperté por la mañana, él ya había desaparecido de nuevo. Se me ocurrió ir a darle una sorpresa a su despacho, en el piso de arriba. Subí de puntillas la escalera de cristal, avancé y empujé con cuidado la puerta entreabierta. Al igual que en el piso de abajo, la habitación estaba inundada de luz natural gracias a un ventanal corrido a lo largo de casi

toda la pared frontal. No había nadie. Pasé por detrás de su escritorio para acercarme a ver la bahía. A esa altura, casi daba vértigo. Al marcharme, vi que su Macbook estaba encendido, por lo que imaginé que él no debía estar lejos.

Su buzón de correo electrónico estaba abierto. No pude evitar leer el texto que aparecía en la pantalla.

De: Natalia Azarov
Para: Sacha Goodman

Mi querido Sacha:

Todo va bien por Chicago, pero me preocupo por ti. Acabo de pasar una velada muy “informativa” con tu futuro socio. ¡No te fíes de la pequeña becaria! Es un lobo con piel de cordero y lo único que busca es conseguir una buena situación, Arnaud Dufresne lo ha sufrido en carne propia. ¡Ella ha hecho todo lo posible para intentar meterse en su cama porque se muere por un puesto en el bufete! Arnaud está convencido de que ella utiliza artimañas para conseguir lo que quiere y que

está interesada en tu posición y tu dinero. Cuídate mucho. No quiero verte sufrir más.

Natalia.

De: Sacha Goodman

Para: Natalia Azarov

No te preocupes por mí, Natalia... Sé lo que hago. Solo me estoy divirtiendo un poco, está todo bajo control.

Sacha.

¿Solo me estoy divirtiendo un

*poco? ¿SOLO ME ESTOY
DIVIRTIENDO UN POCO?*

¿Estaba soñando o qué? Releí la frase varias veces, pero eso no cambiaba nada: las palabras seguían allí, escritas en negro sobre blanco. Me ardía la garganta, sentía que me ahogaba... Bajé a toda velocidad, agarré mis cosas, con los ojos inundados de lágrimas y cerré de un portazo al cabo de unos minutos.

En el taxi que me llevó de vuelta al hotel, rompí a llorar desconsoladamente. *¡El muy cabrón, cabrón, cabrón!* Solo

había sido un juguete para él. La pequeña becaria. Pero, ¿por qué? ¿Por qué había caído con tanta facilidad? Entré en la habitación del hotel con los ojos enrojecidos. No sabía qué hacer. ¿Regresar a Francia? Imposible, tenía que esperar a que volvieran los Dufresne. Pero por nada del mundo podía quedarme en el hotel, como si nada hubiera pasado. Hice las maletas. Me metí en un taxi y le entregué al conductor el papel que me había dado Jess el día que me fui de París. Por lo menos hasta el lunes estaría tranquila.

3. Proposición (in)decente

Se tardaba menos de veinte minutos en llegar desde mi hotel a Brooklyn, el barrio donde vivía la tía de Jess. Las calles de Nueva York estaban casi desiertas aquella mañana de domingo.

En el camino, no pude evitar empezar a dudar —nuevamente— de mi plan. Aunque Jess me había prácticamente ordenado que me

refugiara allí en caso de tener problemas, de repente me sentía un poco incómoda desembarcando en casa de esa mujer sin previo aviso. Pero tenía tanta necesidad de recibir un poco de apoyo... No conseguía comprender ni ver nada en claro de la historia con Sacha. Cogí el teléfono y le escribí un mensaje a Jess para decirle que iba a casa de su tía.

Me quedé con el teléfono en la mano, observando las calles que iban desfilando ante mí. ¡Dios, cómo me dolía! Yo, que hasta entonces solo había vivido algunos

amoríos agradables, me estaba graduando con honores en desengaños amorosos.

Sacha Goodman era el ser más despreciable que jamás había pisado la tierra pensé, mientras ahogaba mis sollozos.

Mi teléfono sonó: el nombre de Jess parpadeaba en la pantalla. ¿Me llamaba desde París? Descolgué, me costaba oírla. Su voz, tan familiar, hizo que me sintiera muchísimo mejor.

—Sabía que ibas a terminar mal

con ese abogado... No te preocupes, cariño, ¡estoy aquí! Y cuando digo aquí, ¡me refiero a que estoy en Nueva York! —su voz se mezclaba con anuncios de megafonía y un gran alboroto de fondo.

—¿Cómo? ¿En Nueva York? ¿Qué dices? No te oigo bien.

—Te lo explico todo en una hora como mucho, el tiempo que nos lleve ir del aeropuerto a casa de mi tía. Estoy con ella, ha venido a buscarme. Espéranos delante del portal.

Colgué el teléfono. Me sentía mareada. ¡Ni siquiera podía

reflexionar, tomar conciencia del tiempo! ¿Cuánto llevaba en Nueva York? ¿Tres o cuatro días?

Llegué al edificio, me dirigí al Starbucks de la esquina donde pedí un café para llevar y me senté en la escalinata de entrada para esperar pacientemente a Jess y su tía.

En cuanto aparecieron, Jess y yo nos abalanzamos de inmediato la una a los brazos de la otra. También abracé a la tía de mi amiga, a la que podría haber reconocido perfectamente si me la hubiera cruzado por la calle por su

gran parecido. Tenían la misma clase, el mismo rubio natural, la misma sonrisa traviesa. Antes de explicarles qué había pasado, quería saber qué motivo había traído a Jess de vuelta a su país natal, ya que no me había comentada nada respecto a ningún viaje a los Estados Unidos cuando nos habíamos despedido. Además, Jess era de Chicago, no de Nueva York. Chicago... Natalia... No podía evitarlo: todo me recordaba a esa maldita morena.

Jess me explicó que su tía abuela acababa de morir y que había

cogido el primer vuelo que había encontrado para asistir al funeral, que se celebraría el martes en Chicago. Ambas debían volar a Chicago el martes por la mañana, pero me aseguró que podía quedarme en su casa todo el tiempo que necesitara. Me sentí ridícula, de golpe, con mis penas de amor. Viendo mi cara compungida, Jess me aseguró que estaba bien, que su tía abuela era anciana y estaba enferma y que ya no tendría que seguir sufriendo.

Jess y su tía me cogieron cada una por un brazo y me condujeron

al piso. Cada vez me sentía mejor.

—Vamos a hacer que recobres esa sonrisa —dijo Jess, visiblemente aliviada por cambiar de tema—. ¡Soy especialista en reparar corazones rotos!

El apartamento de Mary, la tía de Jess, era un ejemplo típico de arquitectura neoyorquina de principios de siglo. La espaciosa casa ocupaba el primer piso y daba a una preciosa terraza con árboles. En el interior, el ladrillo y la madera —los materiales predominantes— daban una gran

calidez al ambiente. Nada más llegar, me sentí realmente cómoda. No tenía nada que ver con el moderno loft de Sacha, que resultaba un poco frío, la verdad.

Mary se fue a preparar el té mientras Jess y yo nos acomodamos en el acogedor sofá del salón. Jess no necesitó hacerme muchas preguntas, porque eran tantas las emociones y las dudas que me embargaban y que estaban a punto de desbordarme. Le solté toda la historia, de sopetón, sin apenas pararme a coger aire entre frase y frase, resoplando de furia cada vez

que mencionaba su nombre. Sacha “el monstruo”, Sacha “el sinvergüenza”, Sacha “el manipulador”... Se había creído que podía salirse siempre con la suya porque tenía dinero y era guapísimo, y que yo era una boba que no sabía nada de la vida. El señor *solo se estaba divirtiendo un poco. Se estaba divirtiendo un poco...* ¡Bueno, pues a partir de entonces lo haría sin mí!

Jess me dejó desahogarme y descargar todo mi dolor y mi rabia. En ese momento, hubiera dado lo que fuera por poder acurrucarme en

los brazos de mi madre. Ella era la única que podía curarme las heridas, aliviar los dolores de la vida. Pero ya no estaba conmigo.

Al final, Jess me miró directamente a los ojos y dijo:

—Y tú, ¿qué quieres? ¿Quieres demostrarle quién es Lisa Lanvin de verdad? Entonces, ve a verle y dile cuatro verdades a la cara. No dejes que esta historia te haga daño, la vida es demasiado corta... Pero tampoco te escondas en una esquina a lamentarte. Coge el toro por los cuernos, Lisa, cariño.

Los consejos de Jess debían estar influidos por el duelo que estaba viviendo. Yo esperaba que me dijera que pasara de él, que ese tipo no valía la pena... en fin, cosas así. Pero sus palabras me hicieron dudar, ya que no me había planteado las cosas desde ese punto de vista. ¿Plantarle cara? La verdad, lo que más me apetecía era evitarle al máximo hasta el regreso de los Dufresne. Después, ya solo quedarían unos días antes de volver a Francia.

—No creo que pudiera, Jess... Y de todos modos, eso sería

demostrarle que me importa. Y no quiero. No, el peor de los desprecios es la indiferencia, ¿no te parece?

—Ya sé que esa es tu manera habitual de protegerte, Lisa, con todo lo que has vivido. Lo entiendo, pero no sirve de nada esconderse. A veces, el dolor es aún peor después.

—Tal vez... —cedí, aunque lejos de estar convencida.

Jess no insistió. Sabía que yo necesitaba verlo todo con un poco más de claridad. Además, estaba agotada. No era el mejor momento

para decidir nada.

Al día siguiente, mi amiga decidió que teníamos que despejarnos y distraernos con otras cosas. Llamé al señor Dufresne para decirle que no podía ir a trabajar porque estaba enferma. Mi jefe parecía muy ocupado en Chicago y no me hizo ninguna pregunta. Mi mentira no era para estar orgullosa, lo sabía, pero no me sentía con fuerzas para ir a Goodman & Brown. En cuanto a arriesgarme a encontrarme cara a cara con Sacha Goodman... mejor ni pensarlo.

Jess me llevó al MOMA. Me dejé arrastrar casi por completo por la belleza de ciertas obras expuestas en el museo, uno de los centros de arte contemporáneo más importantes del mundo. Sin embargo, a pesar de que hice todo lo posible por expulsar su mirada de jade de mi cabeza, todo me recordaba a Sacha. Él ocupaba cada mínima parte de mi cerebro, aunque tenía la impresión de estar funcionando como una autómatas. Al salir del MOMA, había llegado a la conclusión de que le echaba de menos. Habría querido sentir su mano sobre la mía, que me

susurrara algunas palabras al oído, que su suave voz me envolviera con su aura.

Yo quería... Yo solo quería que me amara. Aún así, no eran tan tonta como para creer en las grandes historias de amor después de unas cuantas noches, por muy apasionadas que fueran. En el mundo real, los príncipes azules no caían del cielo para casarse con Cenicienta. Pero yo quería que me amara, al menos un poco. Porque yo ya estaba enganchada. ¿Cómo era posible? Apenas le conocía, él se había aprovechado de mí y había

abusado de mi ingenuidad.

¿Estaba loca o qué? ¿Dónde había dejado mi dignidad? ¿Por qué pisoteaba mi propio orgullo? ¿Por un hombre que no me respetaba? Volvía a dolerme la cabeza, pensando en todas estas cosas.

—Le echas de menos, ¿verdad?
—Jess estaba frente a mí, con una sonrisa llena de empatía. Siempre se le había dado muy bien leerme el pensamiento.

—Sí, creo... —susurré, sonrojándome—. Pero, ¿por qué me

he tenido que enamorar de semejante miserable?

—Tienes que aclarar las cosas, Lisa. Ve a su casa, llámale...

—¡No, nunca!

Las horas fueron pasando. Jess me invitó a un bar y una copa llevó a la otra... ¡Hasta que al final del día acabamos bien borrachas! Decidí ahogar mis penas en cócteles de colores: uno, luego dos, luego unos cuantos más, hasta probar casi toda la carta, incluido el famoso Cosmopolitan, que tanto gustaba a las heroínas de las series de televisión. Sentía náuseas, la

cabeza me daba vueltas, las palabras se me atascaban en los labios... pero me reía como una loca. Me olvidé por completo de Sacha y del trabajo. Madre mía, ¡qué bien me estaba sentando aquello!

Cogimos un taxi para volver a casa, canturreando y tronchándonos de risa. El coche estaba llegando al portal de su tía cuando, de repente, Jess se quedó serio, como si hubiera recuperado la sobriedad de golpe.

—¡Mierda! —exclamó—. Ese

debe ser él, ¡le había olvidado por completo!

Eché un vistazo como si nada por la ventanilla y le vi, sentado en los escalones de la entrada. Llevaba unos vaqueros y un polo. ¡Joder, qué guapo era! Parecía muy preocupado.

Tragué saliva, tratando de recomponer las piezas del rompecabezas, pero los efluvios del alcohol me nublaban demasiado el entendimiento.

—¿Qué está haciendo aquí,

Jess?

—Le llamé por la tarde... No es difícil encontrar el número de Goodman & Brown —respondió, a la vez que pagaba al taxista—. Tuve que ser muy persuasiva para sortear todas las barreras burocráticas—añadió, con aire satisfecho—. No me mires con esos ojos como platos. ¡Te estoy echando una mano! El único problema es que no pensaba que íbamos a acabar el día tan achispadas...

—¿Achispadas? ¡Completamente borrachas! Jess, ¿qué le voy a decir?

l taxi e iba al encuentro de Sacha. *Oh, my God!* Menuda papeleta... Traté de mirarme en el retrovisor para ver qué pinta tenía (aunque ya me imaginaba que no sería la mejor del mundo), pero lo único que encontré en el espejo fue la mirada inquisitiva del conductor. Claro, quería irse, normal. Murmuré una excusa y salí como pude del vehículo. Jess estaba entrando en casa de su tía. Él avanzó hacia mí, dirigiendo su mirada hacia mis pies, que iban dando tumbos, con aire inquisitivo.

Llegué hasta él, lo más estirada

que pude.

—¡Pues sí, no me he puesto tapones! —exclamé.

Me miró estupefacto.

—¿Tapones?

—TaCOnes —le dije.

—¡Por Dios, Liz, estás completamente borracha!

Me agarró por los hombros.

—¡Para nada! Solo he bebido una copa o dos —le contesté, soltándome. Trataba de hablar lo más despacio posible, para articular bien. Afortunadamente, su presencia había conseguido que me despejara algo—. ¿Qué quieres?

¿Aún te quedan ganas de “divertirte un poco”? (gracias a Dios, al menos esa frase había conseguido pronunciarla sin chapurrear).

—Liz, entiendo que estés enfadada, aunque es de muy mala educación leer los e-mails de otros...

¿Se estaba quedando conmigo o qué?

—Pero no es lo que piensas... —
continuó.

—Blablablá, blablablá —
farfullé, como una niña pequeña.

—Joder, Liz, he pasado dos días horribles, preguntándome dónde coño estarías —su tono era cada

vez más intenso—. Envié a Steven a recorrer todos los hoteles. Estaba preocupadísimo.

—¡A buenas horas! —ya estaba totalmente despejada, y furiosa—. Enviaste a tu chófer a buscarme, ¡menuda cosa! No necesito que me hagas de padre, ¿vale? Ya tengo uno. Pero, si quieres reemplazar a mi madre, el puesto está vacante —le grité mientras corría hacia la escalinata del portal.

Obviamente, tropecé con el primer escalón. Ya perdía fácilmente el equilibrio cuando no había bebido, así que con un par de

copas de más...

Sacha corrió a ayudarme. Su cálida mano envolvió la mía y tiró de mí firmemente hacia arriba, para que pudiera ponerme en pie.

—Liz, lo siento...

—¿El qué? Estaba a punto de llorar.

—Siento lo de tu madre, no lo sabía. Y siento todo lo que ha pasado, todo lo demás. Lo que le escribí a Natalia no significa nada para mí...

—¿Te has acostado con ella? — le corté.

Pero, ¿por qué tenía que preguntarle

eso? En vez de centrar la discusión en nosotros dos, me estaba dejando llevar por unos celos absurdos.

—Eh, sí, un par de veces, pero ese no es el tema. Natalia es una muy buena amiga, pero no quiero mezclarla con mis historias.

—Claro, cómo no... Te acuestas con todo lo que se mueve, ¿no? Solo tienes que chasquear los dedos, una vuelta en helicóptero y ya las tienes a todas en el bote, ¿verdad? ¡Qué fácil para ti!

—Sí, Liz, lo tengo muy fácil. Hay un montón de chicas que pagarían por meterse en mi cama y que no me harían ninguna pregunta

por nada que yo dijera, que hiciera o que escribiera. Así que si decido complicarme la vida con una francesita difícil a más no poder... ¡Será que no siempre busco lo fácil!

Justo en el blanco de la diana. Me había dejado sin palabras. Y ya no tenía más ganas de seguir discutiendo. Su mano seguía apretando la mía, sus labios y los míos estaban a dos centímetros de distancia. Cuando nuestras bocas se unieron, un escalofrío me recorrió la espina dorsal, de la cabeza a la punta de los pies. Sacha, Sacha,

Sacha... Habría podido repetir su nombre toda la noche. Me giré y vi que la limusina estaba aparcada enfrente.

—Nos vamos —me dijo Sacha en un suspiro.

—Pero tengo que decirle algo a Jess y recoger mis cosas... y ya no tengo hotel.

—No te preocupes por nada de eso.

Volví la cabeza, Jess y Mary venían hacia nosotros para darme un abrazo de despedida y Steven, que ya había recogido mi maleta, la

estaba metiendo en el capó. ¿El hotel? Decidí no hacer más preguntas, Sacha me estaba dando a entender que me quedaría en su casa hasta mi regreso a París. Le estreché la mano un poco más fuerte, no quería pensar en volver a París.

No vi nada del camino hasta Greenwich Village, me abandoné en los brazos de Sacha y a dos calles de la casa de Mary ya estaba dormida por los efectos del alcohol.

Me desperté a la mañana

siguiente con un dolor de cabeza horrible. Estaba desnuda en la cama de Sacha. Me levanté y fui directamente a la cocina, sin complejos. En el medio de la encimera de mármol había un vaso con una sustancia ligeramente opaca, con un *post-it* que ponía: *¡Para la resaca!* Sonreí y me lo bebí de un trago, debía ser algo similar a una aspirina, pero tenía un gusto asqueroso. El olor del café recién perfumaba el ambiente, así que me acerqué a la cafetera para servirme una taza. Sacha apareció entonces en la cocina, gritando:

—¡Ah, aquí estás! Y con el traje perfecto, además.

Dio un salto y me giré hacia él.

—Ay, no grites, tengo un poco de dolor de cabeza...

Él sí estaba vestido, llevaba puesto un traje de tres piezas. Hecho a medida, sin ninguna duda, le quedaba perfecto. Mi desnudez me pareció incongruente y me sonrojé.

—Eh, voy a buscar un albornoz...

—Ni hablar, te quedas así, aún no he acabado contigo. —Miró el

reloj—. Tengo que estar en el despacho en tres cuartos de hora, como mucho. Estaría bien que hoy vinieras conmigo... si es que ya te has recuperado de tu contagiosa enfermedad de ayer, claro — añadió, mirándome de arriba abajo.

—Sí, sí, por supuesto, claro que iré.

Él siguió hablando como si no me hubiera escuchado.

—Eso me deja el tiempo suficiente para infligirte el castigo que te mereces.

Abrí los ojos como platos. Se acercó a mí y yo retrocedí instintivamente. Sentía el mármol en la espalda. ¿Era broma o iba en serio?

—Sepa usted, jovencita —me hablaba como si yo tuviera quince años y él cincuenta— que no voy a tolerar este tipo de conductas —dijo, plantándose delante de mí y separándome las piernas con el pie—. No más bromas ni fugas sin dar explicaciones, ¿de acuerdo? —me pellizcó un pezón al terminar la frase. Sus ojos estaban cargados de lujuria, dejando claras sus

intenciones.

—Pero, eh... Yo...

—¡Sh! No tienes permiso para hablar. Solo tendrás derecho a gozar... si te lo ganas.

Sus dedos dibujaron círculos alrededor de mis pechos. Estaba tan cerca que podía sentir su erección a través del pantalón. Dio un paso atrás y me ordenó, en un tono que no admitía objeción:

—¡Cómemela!

Me deslicé a lo largo del mueble hasta el suelo y me arrodillé, con la

nariz a la altura de su bragueta. La visión de Sacha en traje y yo totalmente desnuda en el suelo de la cocina resultaba especialmente excitante. Abrí la cremallera, desabroché el cinturón y admiré el tamaño de su erección. Empecé dándole pequeñas lamidas y rápidamente aceleró el ritmo. Mi mano iba y venía a lo largo de su pene mientras le chupaba el glande. Con la otra mano, le masajeaba los testículos, primero uno y luego otro. Entonces, me tragué su polla completamente, hasta el fondo, y se la chupé concienzudamente, tratando de hacerlo lo mejor

posible. Enseguida se apartó y me ordenó que me pusiera en pie, apoyando el estómago contra la encimera. Obedecí. El mármol apenas me resultó frío, todo mi cuerpo estaba ardiendo y dilatado. Me agarró las nalgas con las manos y las separó con una fuerza brutal. Dejé escapar un pequeño grito, un poco avergonzada de la postura en que me tenía.

—Esta es la vista más hermosa de un culo que jamás he contemplado —dijo con una voz burlona.

Se puso encima de mí y me separó un poco más los pies con los suyos, calzados, a diferencia de los míos. Me apoyé en los codos para levantarme un poco de la encimera y él aprovechó para cogerme los pechos a manos llenas. No podía ver su rostro, pero parecía que estaba como loco de excitación. Su pene chocaba contra mí mientras amasaba mis pechos. Entonces, de repente, con un dedo, abrió camino a su polla y me penetró, lentamente al principio y luego con una sacudida. Dejé caer toda la parte superior de mi cuerpo sobre el mármol. Se apartó poco a poco y

después volvió a entrar en mí de golpe. Tenía la impresión de que me atravesaba de un lado a otro. Yo estaba sin aliento. Me agarró del pelo y tiró de él hacia atrás, obligándome a arquear exageradamente la espalda. Me sentía como una marioneta a su merced. Él continuó con sus embestidas con la misma furia pero sin prisas, arremetiendo contra mí como si quisiera golpearme. Marcaba cada acometida de su sexo diciéndome *No más desapariciones, ¿lo has entendido?*. Yo murmuraba *Sí, lo prometo*, con susurros ahogados

entre gemidos. Se corrió en mí gritando con rabia una y otra vez *¿Lo has entendido? ¿Eh?*

Recuperamos el aliento.

—Joder, Liz, de verdad que tienes uno de los mejores culos que he visto. Pero no me vuelvas a hacer eso. No te perdonaré dos veces.

Me di la vuelta y puse las manos a ambos lados de su cara. Ya no había ni rastro de ira en sus ojos.

—No pensé que te iba a afectar tanto, para ser sincera. Te pido

perdón por haberme portado como una niña pequeña. —Le besé suavemente en los párpados, en las sienes, en la barbilla, en los labios —. No volveré a irme sin decirte nada, te lo prometo. Tú... te han... antes... o sea, quiero decir... ¿Te ha abandonado antes una mujer?

Apenas me atrevía a aventurarme en ese terreno resbaladizo. Además, enseguida me arrepentí. Él frunció el ceño.

—No quiero hablar de ello — me contestó.

Luego, con un tono forzado de falsa alegría, añadió:

—¡Vamos, señorita Lanvin, prepárate porque tienes que compensar tus dos días de ausencia!

Una vez en la oficina, le envié un SMS a Jess para darle todo mi apoyo y comprobar que hubiera llegado bien a Chicago. Ella me respondió con una única frase que no tenía nada que ver: *Él está enamorado de ti, salta a la vista.* Se me escapó la risa detrás del ordenador que habían puesto a mi

disposición. *Ya te vale, Jess...* Los Dufresne tenían que regresar para la hora de la comida. Pronto llegaría el momento de empezar a pensar en volver a París. Dos días, solo me quedaban dos días en Nueva York. Inmediatamente, me obligué a pensar en otra cosa. Tenía mucho trabajo que hacer para ponerme al día, eso me iría bien.

No vi a mi jefe llegar, ya que le estaban esperando para una reunión en la oficina de Sacha. Sin embargo, a las dos, el señor Dufresne me pidió que fuera a hablar con él, lo cual era bastante

inusual. Después de andarse por las ramas durante cinco minutos, recordándome lo satisfecho que estaba con mi trabajo y con mi implicación durante los dos últimos años, y que Maddie era una amiga muy querida para él, me dijo que no podía darme un puesto fijo en su despacho. Después, se empezó a liar, dándome excusas penosas para intentar justificar que el puesto sería para la novia de Arnaud. No pude articular palabra, me quedé helada. Hacía dos años que luchaba por conseguir ese puesto. Se entendía implícitamente, o casi, que era mío por derecho. Aunque había

estudiado un máster, iba a ser complicado encontrar trabajo en otro bufete. No entendía a qué se debía este cambio. Seguro que Arnaud había influido en la decisión del señor Dufresne. ¡Me las iba a pagar!

—Muy pronto encontrará otra cosa —me dijo el señor Dufresne, con una mirada de complicidad—. Usted tiene talento, es seria y... —añadió con una sonrisa— arréglese un poco, lamento tener que anunciarle esto en estos momentos, pero Sacha Goodman quiere verla.

No entendía qué tenía que ver, pero me dirigí a la oficina de Sacha. ¡Por lo menos, podría contárselo todo y desahogarme con él!

Entré y solté de golpe:

—¡No me han dado el puesto!
¡El que me correspondía en Courcelles Investments! Es injusto. Estoy segura de que es culpa de Arnaud.

—Lo sé.

—¿Qué?

—Lo sé, Henri acaba de contármelo.

—¿Ah, sí? ¿Habláis de mí entre vosotros? Vaya, otra cosa que no sabía, mira qué bien...

—El puesto te lo propongo yo.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente.

—Quieres decir... eh... ¿Un puesto aquí en Goodman & Brown?

¡No!

—¡Sí!

—Pero... eh, pero... no sé qué decir... Espera, tengo que reflexionar... ¡Es todo tan repentino! Eso me cambiaría totalmente la vida. ¿Y qué haría yo en Nueva York? No tengo dónde vivir. No tengo amigos, no tengo

nada. Y después está Maddie, y mi padre. Ay, Dios...

—Te propongo 200.000 dólares al año. Quiero que me aconsejes sobre el mercado asiático.

Me quedé boquiabierta.

—Pero... ese sueldo está muy por encima de la media. No puedo aceptar.

—Mi despacho está muy por encima de la media. Dominarás el mercado asiático en cuanto ganes un poco de experiencia, seguro. ¡No se te vaya a subir a la cabeza ahora!

—¡Claro que no! Pero no sé, así de repente, debo reflexionar. ¿Puedo responderte esta tarde?

—De acuerdo, pero no más tarde —me sonrió mirándome a los ojos—. Esta entrevista ha terminado, señorita Lanvin, puede volver a su trabajo.

Tenía ganas de saltar, de bailar, de cantar. Iba a trabajar para Goodman & Brown —no tenía ningún sentido que lo rechazara, estaba claro—. 200.000 dólares, ¡qué pasada! Era mucho más de lo que podría haber ganado en París, no se

podía ni comparar, de hecho. Y además, estaría junto a Sacha. No era una mala perspectiva.

Me pasé toda la tarde perfeccionando mi respuesta. Pensaba escribirle un mensaje tipo *Proposición (in)decente aceptada, pero te lo advierto, no voy a soltarte guarradas en chino.* También quería decirle que tenía las competencias necesarias, que no aceptaba el trabajo porque nos hubiéramos acostado. Que quedara claro que no me había ganado el puesto de rodillas. Tenía todas esas cosas dándome vueltas en la cabeza

cuando alguien llamó a la puerta.
Levanté la cabeza, era Steven.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, Steven.

—Me han dado la orden de acompañarla a su nuevo hotel.

—¿Perdón?

—Su equipaje ya está en el coche.

—Pero, eh, Sacha... quiero decir, el señor Goodman, ¿le ha pedido que me lleve a un hotel?

—Sí. Un sitio estupendo, no se preocupe.

—Pero, el señor Goodman, ¿dónde está?

—Se ha ido, señorita.

—¿Ido?

—Sí, señorita, se ha ido a Hong Kong.

Continuará...

**¡No se pierda el
siguiente volumen!**

En la biblioteca:

Suya, cuerpo y alma - Volumen 1

*"Suya, cuerpo y alma es sin duda
la mejor novela erótica publicada
desde Cincuenta sombras de
Grey."*

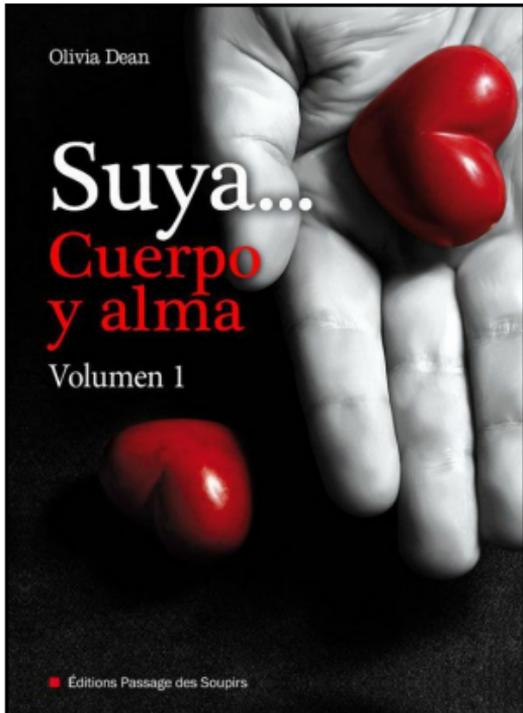
[Pulsa para conseguir un muestra
gratis](#)

Olivia Dean

Suya... Cuerpo y alma

Volumen 1

■ Éditions Passage des Soupirs



En la biblioteca:

El Kama Sutra en 200 posturas

[Pulsa para conseguir un muestra
gratis](#)



Índice

Cover	2
1. En ruta hacia Nueva York	7
2. Malentendidos y errores	59
3. Proposición (in)decente	108